

No es lo que se dice: es una ligera inflexión, una determinada terminología, un insistir en algunos aspectos, un omitir otros...

Mosén Ricart escribió hace tres años un libro indispensable, un libro lleno de sencillez y sabiduría. *Lo que no ha dicho el Concilio*. Puso un bello prólogo al mismo monseñor Olaechea.

Comienza este libro analizando el alcance de las doctrinas de un Concilio Pastoral, no dogmático ni disciplinario, así como el acatamiento que en todo caso le debe un católico. A continuación establece una inmensa serie de proposiciones falsas o destructoras que se hacen correr hoy como amparadas por el "espíritu del Concilio" y responde a ellas, texto en mano, demostrando su incompatibilidad con lo afirmado en el mismo y con toda la anterior doctrina de la Iglesia.

Tal es el libro que lanza ahora en su tercera edición la Editorial Studium, de Madrid. Libro indispensable hoy para resistir a "las asechanzas del enemigo" quitándole su propia arma; para demostrar la unidad y perennidad del pensamiento y del dogma católico. Libro utilísimo, siempre que no se pierda de vista que, sin embargo, esa "ligera inflexión" existe, y que inflexiones tales —y consecuentes faltas de autoridad— no son obra del Espíritu Santo, sino del maligno que anda siempre entre los hombres.

RAFAEL GAMBRA.

José M.^a Iraburu: "ACCION APOSTOLICA, MISTERIO DE FE" (*)

Este libro comienza con una observación interesante: la que delata la trivialización del apostolado. Hoy se da la paradoja de que mientras se registra una *debilitación en la fe* tenemos un *auge de actividad apostólica*. Todo el instrumental del apostolado se baraja y se pone a punto. Se ensayan métodos de acción y de penetración en el mundo más alejado de Cristo. Se hacen encuestas y más encuestas, se tienen en cuenta todos los condicionamientos psico-somáticos e histórico-sociológicos, todo está a punto para que el automóvil se ponga en marcha. Pero, ¡ay!, luego no marcha. ¿Por qué? Por la cosa más sencilla: falta la gasolina. Falta la vida de fe, la vida de oración, el cultivo de las virtudes teologales, la referencia y dependencia de Dios, por exceso de

(*) Ed. Mensajero, Bilbao, 1969; 413 págs.

atención al hombre; y, naturalmente, la obra de Dios, que es la salvación de las almas por medio del apostolado, no consigue su finalidad.

El apostolado es una obra de fe y de caridad ante todo y sobre todo. Caridad no como quiera, sino teológica, con su centro de acción y de atracción en Dios, no en el hombre. Y la evangelización no se confía tanto a la sabiduría humana cuanto a la sabiduría de Dios. Le plugo al Señor, como dice San Pablo, confundir con la necedad de la Cruz la sabiduría de los hombres. Y el apóstol no puede olvidar esto. Como no puede olvidar que su apostolado está en la misma línea de la encarnación del Verbo, por la que Dios se hace hombre y conversa con los hombres para llevarlos a Dios. Dios se hace Hijo del hombre para que los hombres sean hechos hijos de Dios. Al encarnarse en el mundo, el apóstol, sea sacerdote o laico, debe estar atento para que su encarnación no se trueque en adulterio. Que su estar en el mundo no sea un ser del mundo y arrodillarse ante el mundo. Idolatría que hoy amenaza a no pocos empeños apostólicos.

Hay que tener ante todo mucha fe en Dios y mucha fe en la Iglesia. En la Iglesia, como medio de salvación eterna más que como medio de promoción temporal. Y, luego, fe también en el hombre, pero no para adorarle, sino para creerle libre y lleno de *dignidad*; pero también cargado de *responsabilidad*. No como hoy se piensa, que se le considera libre pero no pecador, porque víctima, el pobre, de condicionamientos psico-somáticos, hereditarios o ambientales que le eximen de responsabilidad. Pero si no hay pecadores ¿para qué el misterio de salvación realizado en Cristo, que la Iglesia perpetúa y que el apostolado pone en ejercicio?

Con razón el autor de este libro estudia largamente la significación de la Iglesia como medio de salvación para los hombres y de glorificación para Dios, desentrañando este misterio sacramental de fe, y haciendo ver cómo y por qué se ha de vivir en la Iglesia con espíritu apostólico, dando gloria a Dios y trabajando por la salvación de las almas, trayéndolas hacia la Iglesia con un ejemplo de vida verdaderamente eclesial.

El fallo más importante que descubre el autor en la Iglesia de hoy es, quizás, el de la falta de espíritu de fe en la obra de apostolado: fe en Dios y fe en la Iglesia misma y en los medios sobrenaturales de salvación que la Iglesia tiene. De ahí la claudicación en la ortodoxia y la claudicación en la moral. Tanto abunda hoy este fallo, en los que menos se podría esperar, que da la sensación de hallarnos ante una Iglesia claudicante.

Claudicación que se acentúa en los llamados movimientos es-

pecíficos de apostolado, sobre todo laical, en los que el sociologismo, el horizontalismo y el naturalismo triunfan sobre el misticismo, la unión con Dios y la vida sobrenatural sacramental. Estos movimientos laicales, demasiado limitados a la revisión de vida, a la problemática temporal y otros medios activos de formación, derivan con frecuencia a un cristianismo horizontalista, con grave atrofia de los valores verticales y, por tanto, con una horizontalidad muy insuficientemente religiosa y cristiana. La formación específica suele ir acompañada de deficiencia de formación común, y las verdades más elementales de la fe, la vivencia del Evangelio como pregón y gracia, quedan en la penumbra, retrasadas cuando no problematizadas. Y, sin embargo, las realidades básicas cristianas, aceptadas con fe y vividas en espíritu de fe, son las que más importan y más peso específico salvador ponen en la obra de apostolado.

A la trivialización del apostolado se puede llegar no sólo por exceso de formalismo pietista y por una predicación o vida rutinaria, sino también y más aún por un exceso de especialización en la técnica de los medios de apostolado y cuando la adaptación al mundo se traduce en traición al Evangelio.

No podemos seguir al autor a lo largo de su denso y complejo trabajo, verdadero arsenal para conocer la problemática que al apóstol le plantea el momento presente eclesial. Pero sí queremos dejar constancia del buen criterio que, en general, lo preside, pues aunque señala los peligros que amenazan a la acción apostólica de una y otra parte, del lado del verticalismo exagerado y del horizontalismo prevalente, escoge el justo medio, equilibrando dentro de la jerarquía cristiana de valores. El libro es, pues, muy bueno, aunque algo difuso.

B. MONSEGÚ.

Fray Arturo Alonso Lobo: EL P. ARINTERO ()*

El dominico Fray Arturo Alonso Lobo ha publicado una biografía del P. González Arintero. Tenía yo dieciséis años cuando vi, por vez primera, escrito el nombre de este famoso leonés. Fue al leer el Preludio de la *Defensa de la Hispanidad* que Maeztu

(*) P. Arintero Alonso Lobo, O. P.: *El P. Arintero. Precursor clarividente del Vaticano II*. "La vida sobrenatural" Salamanca, 1970. Presentado por el P. Fr. Aniceto Fernández, O. P. Maestro General de la Orden.